

Escribir en un lenguaje, convivir con varios. Reflexiones en torno a la experiencia de elaborar una tesis en la Lic. Filosofía¹

Magdalena De Santo

CINIG-UNLP

*Me falta imaginación dices
No. Me falta el lenguaje.
El lenguaje para clarificar
mi resistencia a las letradas
Las palabras son una guerra para mí.
Amenazan a mi familia
Cherríe Moraga*

El Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Género nos invita hoy a compartir nuestras experiencias. Nos convoca, no sólo desde diferentes reductos disciplinares sino también, desde los diferentes momentos del desarrollo académico de cada una/o de nosotras/os. Estudiantes, licenciadas/os, profesoras/es; doctorandas/os, doctoras/es y titulares de cátedra estamos reunidos aquí para poner sobre la mesa, y mirándonos a los ojos, nuestros avances –y por qué no, retrocesos- en la investigación. En este sentido, ésta es una buena ocasión para compartir problemas y dudas, para poner en común los avatares de nuestros estudios. Y creo que la posibilidad de poder compartir nuestras frustraciones, es un hecho a celebrar. Tal como lo explica Butler, sólo teniendo en cuenta el fracaso como condición necesaria de cualquier acción podemos reconocer la potencia del éxito. En este caso, tal vez, mencionar mis dificultades en torno a la escritura de la tesina siga propiciando este enriquecimiento mutuo y horizontal que nos ofrece el CINIG. Justamente, esto es lo que quiero compartir con ustedes. Mis caminos torpes por la escritura de la tesis “Modos de pensar la construcción de género en la

¹ Este trabajo fue elaborado para las II Jornadas de Becarias/os y adscriptas/os de CINIG, La Plata, 27 de Noviembre de 2012

Filosofía de Judith Butler. De la *performance* a la performatividad”. Problemas metodológicos, marchas y contramarchas, pero ante todo, quisiera reflexionar alrededor de mis temores y resistencias a la hora de escribir en lenguaje filosófico. Como afirma Moraga, las palabras son una guerra para mí. Y en rigor, este trabajo no va a ser tan filosófico como sincero.

Cuando, ya avanzada mi carrera de grado, me topé con algunas corrientes feministas y tomé la decisión de que mi objeto de estudio sería el pensamiento de Judith Butler, se abrió un abismo entre mis creencias y la rigidez silogística que demandaban los argumentos filosóficos. Por primera vez, a la hora de escribir tenía la sensación de quedarme afuera de mi propio trabajo, de estar atrapada entre la reposición amarga de argumentos ajenos –y bien elaborados– y una subjetividad –sensible, pensarán algunas– que no se encausaba. Básicamente, se reeditó el tan conocido problema de la voz propia. Y lo paradójico era que mi propia escritura era la que me excluía. Tenía las horas y la disponibilidad para trabajar. Así y todo, yo no estaba allí. En el mejor de los casos, podía emerger una tímida “opinión” que, sin embargo, como estudiante de filosofía, había aprendido a negarle su legitimidad. Las enseñanzas de Platón parecían haber calado hondo: La filosofía no puede ser una cuestión de doxa. De modo tal que, me encontraba reprimiendo todo exceso de opinión, y así seguí carente de hipótesis por algunos meses. Aunque hacía más de cuatro años que estudiaba a Butler todavía sentía que no podía decir nada sobre ella. Por suerte, leí a Lucy Irigaray y su monumental *Speculum* a tiempo.

Luisa Muraro, retrata con claridad las sensaciones que me acechaban en aquel entonces. “Corro el riesgo de repetir contra la filosofía lo que contra mi madre, imputándole como carencia lo que ella no puede ser y como exceso lo que no puede no ser, para aliviarme de mis carencias y de mis excesos. Y me veo condenada a repetir indefinidamente esta operación, sin llegar nunca a la independencia simbólica, moviéndome en círculo y recomenzando siempre desde el principio porque me falta un comienzo lógico”²

Esta cita retrata bastante bien la experiencia de varios meses de trabajo. Siempre volvía a empezar, sin un comienzo ni un horizonte para arribar. El síntoma, entonces, como afirma Muraro, parecía ser la falta de independencia

² Muraro, L. *El orden simbólico de la madre* Madrid, Horas y horas, 1994 p. 11

simbólica. Este hecho, aún cuando María Luisa Femenías me alentaba constantemente, se evidenciaba, al menos con dos, digamos, “*performance textuales*”. Por una parte, al escribir pasaba de la primera persona del singular a la primera del plural sin advertirlo. Una suerte de esquizofrenia escrituraria. No sabía si hablaba yo o una comunidad ideal con la que me identificaba (además de que utilizaba registros variados, desde la informalidad a un monocromatismo somnoliento). Por otra parte, cuánto más leía y estudiaba, menos palabras encontraba. El reverso de lo esperable. No podía capitalizar toda la información que venía adquiriendo y me quedaba en silencio, con el documento en blanco que siempre me volvía esperar.

Una vez detectado el problema, entonces, las preguntas en torno al objeto de estudio volvieron a surgir. ¿Por qué yo, una sudamericana bastante alejada de las teorías postmodernas y de la militancia *queer* se interesa por la performatividad butleriana? Esta pregunta, como todas, tiene sentido contextualmente. El trabajo de investigación está plagado de instantes y de azares. Existe un cúmulo de arbitrariedades que nos conducen a un objeto en particular, ya sean el lugar de trabajo, la tutora, la bibliografía disponible, etc. Sin embargo, en ese marco absolutamente coyuntural también está la elección, una elección personal que en última instancia no deja de ser política. Otra vez, nuestras maestras resuenan. Kate Millet, por supuesto, pero también Gloria Anzaldúa que supo enunciar mucho antes que yo y de manera exquisita, el temor político que me inquietaba a la hora de dedicarme a Judith Butler “Para la mujer tercermundista que tiene, si acaso, un pie en el mundo feminista literario, la tentación es grande de adoptar las modas actuales de sentir y de teorizar, las últimas verdades a medias del pensamiento político”³

Judith Butler indudablemente es una autora en boga y la idea de construir el género performativamente, quizás, es uno de los ejes de su pensamiento con mejor recepción. No obstante, la importación teórica y la apropiación de diagnósticos del Norte siempre me alarmaron. ¿Necesitaba una lectura sociológica? ¿Qué era, pues, aquello que me arrastraba personalmente hacia esos puntos? Y creo que fue en el momento de esa pregunta lo que hizo que la

³ Anzaldúa, G. “Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas” En *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, ed. C Moraga, A Castillo. San Francisco, ism press, 1998 p. 222

hipótesis de la tesis se empezara a esbozar. O al menos, encontré un punto de conexión entre la propuesta butleriana y mis creencias. A saber, que la voluntad no está libremente incondicionada ni tampoco absolutamente determinada. Y que es allí, en ese juego de tensiones entre la elección y el condicionamiento que se produce la singularidad. Me aferré a esa idea, que no es novedosa ni original, pero me afiancé para defender a Butler de este tipo de objeciones, que son muchas y variadas. Conjuntamente con el hecho de estar convencida teóricamente de que la construcción de género es performativa (en el sentido de que está simultáneamente sujeta y agenciada), la dinámica en la que venía elaborando el texto de la tesis se transformó. El estilo literario, que me había propuesto neutralizar, se flexibilizó. Los cuadros sinópticos abandonaron la soberbia kantiana por la sistematización y comenzaron a funcionar como una apoyatura necesaria para el ejercicio de encontrar mi voz. Asumí allí, en el juego de tensiones, que la filosofía podía ser, otra vez, una oportunidad.

Para terminar, este breve trabajo, se inscribe en la modalidad 2, por lo cual debo de dar cuenta del estado y el desarrollo de mi investigación. En este sentido, se trata de otra celebración. Mi tesis fue recientemente aprobada. Para mi felicidad y dándole mayor sentido a mis angustias originarias, concluyo con las palabras del jurado evaluador que parece haber detectado algo de todo lo que ya he mencionado. Allí, José Amícola lo primero que rescata es que “El manejo de la lengua llama la atención”

Ojalá escribir tenga el valor del conocimiento, un conocimiento donde nuestro propio poder se redescubre y transforma la violencia epistemológica de las narrativas académicas.